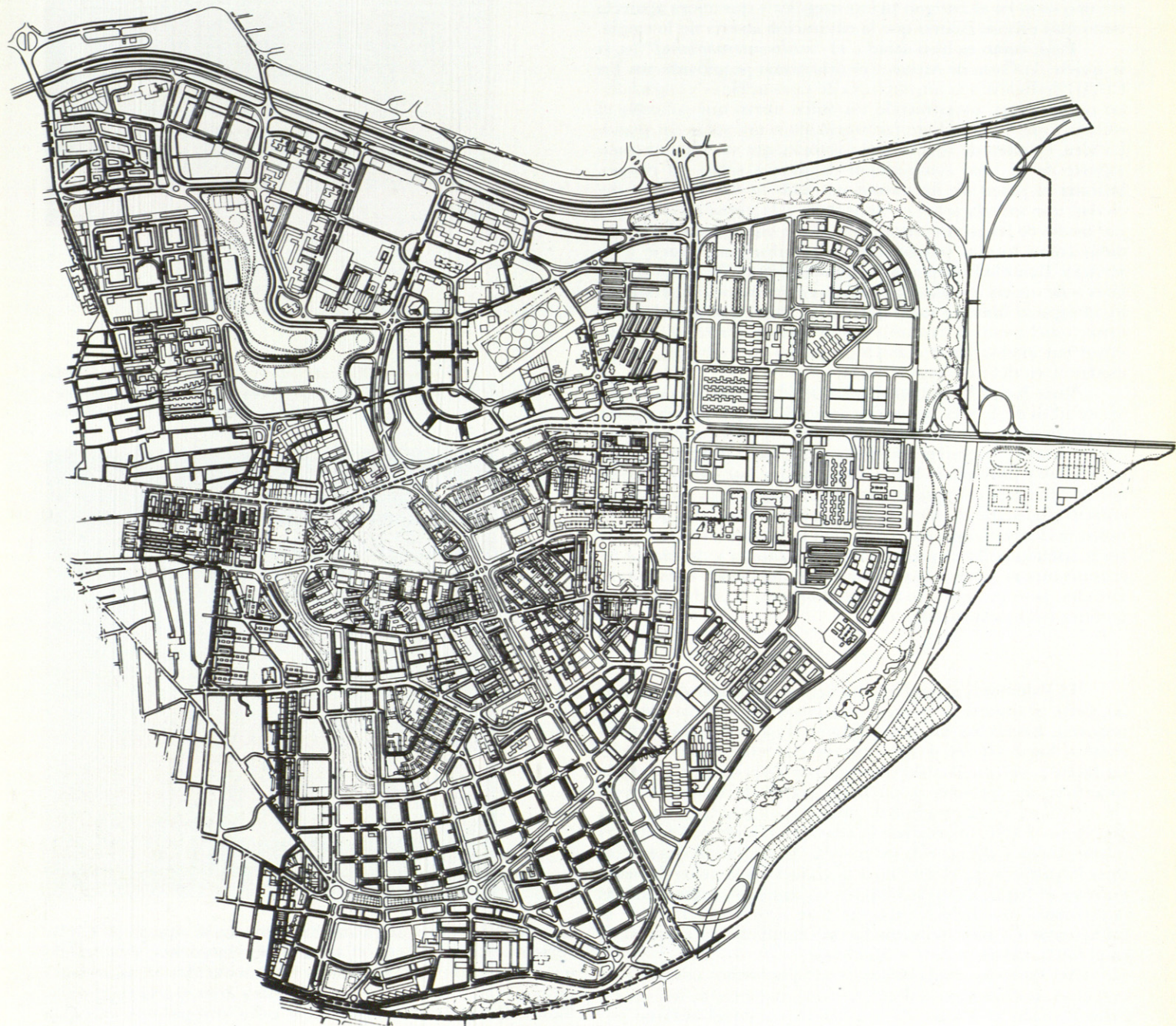


Editorial



La remodelación de Palomeras

Madrid es una ciudad que, ya desde muy antiguo, había sometido a la arquitectura a muy duras condiciones. El desorden de su plano, a causa de la topografía y del rápido crecimiento, se impuso, teniendo que ser la edificación quien saliera al paso del problema para prestar a la ciudad un orden que por ella misma no lograba.

Pues raras veces las calles de Madrid fueron otra cosa que caminos rurales, o arroyos, convertidos en avenidas: palacios, caserío y monumentos solían ser los únicos que, en el Madrid clásico, lograban finalmente convencer de que se transitaba por una *capital*. Dado el desorden del plano, la cualidad del espacio urbano quedaba confiado a la arquitectura: ésta aceptaba sumi-

sa la forma dada por geografía y loteos, configurando calles, plazas y encuentros irregulares, pero convirtiéndolas en espacio arquitectónico, ciudadano.

Con el ensanche, el plano no fue azaroso ni irregular, pero el edificio siguió fijado a alineaciones y esquinas, y basándose en una idea de continuidad que llevaba a ver las piezas como partes de un conjunto. La arquitectura hipotecaba su propio orden interno e individual, poniéndose al servicio del orden urbano superior y considerando su situación en él como básica para éste al ser un orden primario, de *conjunto*.

Las primeras grandes actuaciones modernas, tales como la Ciudad Universitaria o como los Nuevos Ministerios, ya no iban

ligados a formalizar alineaciones, aunque conservaban notoriamente una idea de orden urbano ligada al edificio. Un orden que era necesario en el antiguo plano irregular y que ahora aparecía tanto más preciso cuanto que la edificación abierta no lo exigía.

Pero, como es bien sabido, el “*estilo internacional*” (o, si se quiere, la Carta de Atenas y el urbanismo promovido por los CIAM) desligaba a la arquitectura de estas urbanas y espacialistas obligaciones, proponiendo un orden nuevo que concebía el edificio como objeto libre (acompañado o no) sobre un plano. La idea, extraída de aquella otra pictórica que ve el lienzo como soporte de la libre composición de figuras sobre un campo, buscaba el *juego de los volúmenes bajo la luz*: frente a una ciudad que insistía sobre el valor dado a la *forma de los vacíos* por medio de las arquitecturas, otra donde éstas quedaban entendidas como formas individuales que utilizaban el vacío a su servicio. Concebidos como si siempre se tratara de torres singulares o de casitas aisladas, los edificios destruyeron, al perseguirlo, el espacio libre. El vacío que en la ciudad tradicional estaba *lleno* —dicho esto en cuanto a sus límites edificados lo configuraban tan intensamente como a un patio— se convirtió, con la moderna, en definitivamente *vacío*.

Vino luego la reglamentación legal, los planes parciales, los estudios de detalle, cosas todas que, al tiempo que aceptaban el esquematismo y la condición exenta y discontinua de la ciudad nueva, disponían volúmenes, alturas y densidades: planeamiento y proyecto se habían escindido, y éste, desprovisto de las servidumbres del pasado que habían logrado las virtudes del espacio ciudadano, se encontraba más constreñido aún que en el orden tradicional, quedando del *sabio y magnífico juego*, tantas veces soñado, sólo esquematismo, monotonía y desorden: ni arquitectura ni ciudad. Las servidumbres del pasado habían sido virtudes, pero cuando esto fue diagnosticado la ciudad contemporánea estaba construida.

* * *

El Palomeras primitivo pertenece a este desarrollo moderno, pero, al tratarse de vivienda *marginal*, tuvo una escala muy pequeña, basada en las unifamiliares. Y si bien éstas podrían dotar al lugar, tal vez, de más encanto que a otros, ello ocultaba un fuerte problema de infravivienda, con unas cuotas ínfimas de superficie por persona y carencias graves de infraestructura.

Se dará así la paradoja de promover una idea ciudad en la que ya no se cree, forzada por la densidad al tener que ocupar el mismo suelo y operar con un planeamiento *moderno* anterior. Pues lo primero era el derecho a la ciudad y a la vivienda, tema grave en el lugar, no estimando los vecinos estructuras como las que tenían, pues habían supuesto para ellos la desgracia de la infravivienda, y buscando aquella otra completa que observaban en el habitante de la torre y del bloque.

Así las cosas, diagnosticada con tales medios la muerte de la ciudad, los arquitectos deciden, desesperadamente, aferrarse a pesar de todo al intento de insuflar vida a aquel antiguo ser, intentando rescatar la forma urbana como categoría de la ciudad física, construida mediante la arquitectura, y haciéndolo a pesar de que todas las condiciones están en contra. La mucha altura y la obligada edificación abierta, viejos instrumentos de destrucción, quedarán obligados ahora a ser, en lo que quepa, positivos. El corsé moderno a que la arquitectura se verá sometida deberá, como en el pasado, generar virtud.

* * *

Los métodos que utilizan para lograrlo serán distintos, pudiendo dividirse, en una primera aproximación, en aquellos que intentan el dominio de una forma no dictada —aunque sí gravemente condicionada— a aquellos otros que se deciden a confiar, casi obligados, en usar a fondo el poder del bloque a gran escala y en las cualidades de orden que puede conseguir una configuración pregnante y presencial de los edificios aislados y repetidos.



1

1 y 2, vistas de los bloques del equipo de Ferrán. 3, 4 y 5, vistas de los bloques del equipo de Montes. 6, bloques del equipo Casas. 7, espacio entre bloques y guardería del equipo Casas.



2

Es obvio que está entre los primeros el equipo de Carlos Ferrán, relacionado con el valor de los ensanches, y tanteando un compromiso entre manzana y edificación abierta, aquel compromiso que tan brillantemente iniciara Zuazo en la Casa de las Flores. Con Eduardo Mangada y otros compañeros ya había seguido otras veces este mismo camino: recuérdese el barrio Juan XXIII y, más recientemente, la propuesta para Actur-Lama, en Vitoria, del que el ejercicio de Palomeras es una variante y una pequeña aplicación. El arbolado evoca las virtudes de la *ciudad burguesa*, si bien ya no estamos en el ensanche, demasiado lacerado en su forma, aunque sí en un valor de escala y en unas imágenes que buscan también hacerlas presentes.

La profundidad de la edificación quiere superar el efecto de bloque doblado, pero el tamaño de la vivienda llevará a ésta a aceptar el tipo a una sola fachada, sin intentar soluciones de unidad cruzada, como en el complejo caso del Juan XXIII.

El equipo del *Estudio de Urbanismo y Arquitectura* (de Juan Montes y colaboradores), controla la forma urbana decidiendo y de un solo gesto, aprovechando la oportunidad de la situación concreta que les permite un trazado singular, capaz de ser seguido por la edificación y definido también por ella. La rotunda forma se materializa en una solución articulada, de torres que permanecen regulares y el largo bloque que se encar-



3



4



5

ga de dibujarla según unos lotes que permiten gran profundidad. Tanto tal articulación, como el doméstico lenguaje y los obligados escalonamientos topográficos suavizan el gesto primario de la curva.

Especialmente intencionado parece el tercer ejercicio de forma urbana, del equipo Casas, tanto más cuanto es el que se decide con mayor claridad por un conjunto de grandes y objetuales bloques paralelos. El absoluto paralelismo, limitando un vacío concreto, y la condición de objetos continuos y proporcionados nos da la clave que la inspección visual, *in situ*, aclara: la indisimulada gran escala de los bloques, su impresionante fábrica, modela y proporciona el espacio encerrado como lonja o patio, como plano basamental que el *lleno* exige. Los bloques son, así, más profundos, pues deben ofrecer al vacío la misma cualidad de fachadas principales, con viviendas que se asoman a ambos lados de modo idéntico. Es el mismo bloque plegado de Ferrán, aquí sin plegar, y con una hilera similar de dobles viviendas y corredor central, sistema que, en sus comunicaciones y agrupación, es donde hace ver lo más forzado del planteamiento. Este se acompaña, sin embargo, de unas excelentes soluciones de las unidades de viviendas y de una cualificación formal muy conseguida y favorecedora del efecto urbano buscado.

6



7





8



9

El otro grupo de proyectos optaron, en la escasa libertad con que contaban, por valorar la presencia del objeto a gran escala y confiar en que una simple ordenación del mismo —en un juego que, a pesar del orden, sigue perteneciendo al de la libertad de los objetos sobre un campo—, es capaz de cualificar el lugar. Siguen la tradición de la torre y el bloque exento, aunque intenten suavizarla y hasta contrarrestarla, pero dan a éste un valor de silueta y de figuración —de *composición*, en suma— que tal tradición no tenía. Cuestión compositiva —arquitectónica— que se elige como medio de cualificación formal, orden y carácter del lugar.

Así se produce el ejercicio de Junquera y Pérez Pita que —aunque compuesto de dos partes, un gran bloque y otro muy pequeño, que quieren atrapar una porción de espacio urbano al modo tradicional— se preocupan sobre todo del problema de la imagen a gran escala, diseñando una elaborada envuelta. El gran bloque se articula como viviendas en H que se retranquean en sus uniones, lo que permite revestir al edificio con una imagen de tres torres gemelas unidas por cuerpos secundarios. Se establece así un sistema neo-académico que, apoyado también en un juego de órdenes gigantes y planos murales, intenta vencer el problema de la gran altura, articulando la escala y



10

estableciendo la idea antropomórfica, más o menos vaga, que aparece en todo clasicismo. Salvando que tal vez las posibilidades de acabado no pudieron estar a la altura de las intenciones, la aproximación, en un acento o carácter muy alternativo, se mueve en recursos académicos para vencer la gran escala algo similares a los que fueron empleados en los primeros almacenes de Chicago o, a otro lado también bien distinto, en Marne-La-Vallee del taller de Bofill. Este caso madrileño tendría la valentía de emplear los instrumentos más duros y esquemáticos, apuesta bien arriesgada; juzguen los lectores si ganada o perdida.

El sistema de grandes bloques formados por torres conectadas es también el que utiliza el equipo Estudio Dos (Jaime Martínez Ramos y colaboradores), si bien en este caso la apariencia corresponde a la realidad, pues las conexiones son simples tendedores que encierran patios de servicio. Las plantas de las torres son una cuidada elaboración de los utilizados en la remodelación de *Orcasur* por otros equipos de compañeros, combinándose en grupos de tres para constituir una unidad fundamental. El sistema permite alterar las alturas entre las torres de una misma unidad, y la arquitectura se preocupa del orden del lugar mediante una pregnancia compositiva de muy diferente tratamiento que la del equipo anterior: se juega tan sólo con sencillos recursos de basamento y coronación, y un cuerpo principal resuelto mediante el orden de vanos en un macizo.

El último proyecto de Palomeras, el del equipo de Eduardo Sánchez López, pertenece a un complemento posterior de esta fase y no está finalizado. Con un terreno lineal, se dispone un bloque de gran ancho, en el esquema ya comentado de corredor y viviendas a ambas caras. El gran bloque se acepta como tal, aunque quiebra su perfil según un escalonado, distinto de cada cara, con objeto de dar un valor poderoso y simple a la silueta y el volumen, y reforzando la continuidad absoluta del plano de la fachada. El valor de la silueta permite resolver el bloque con gran sencillez al jugar con la escala en cuanto que simple gran tamaño.

* * *

Dentro del propio barrio se ha proyectado aún una segunda fase, la correspondiente al norte de la avenida de la Albufera, no iniciado todavía, que cuenta con tres equipos coincidentes con la fase anterior y con otros dos nuevos.

Pero es como si, en este caso, la menor presión de densidad y condiciones diversas hubiera hecho perder la tensión que, por la dureza de las mismas, aflora en la primera fase. Aquí, algunos de los proyectos siguen ideas convencionales, si bien se plantean de modos muy diversos. El equipo de Juan Montes propone, esta vez, la simple formación de una manzana virtual, mediante dos bloques paralelos, orientados hacia el interior del patio en vez de al modo moderno, y formando una unidad que se repite y combina con torres del tipo procedente de *Orcasur*, y ya citado. El ejercicio del equipo de Alfonso Navarro tanea un



11

8, interior de guardería del equipo de Casas. 9 y 10, detalle y vistas de los bloques del equipo Junquera y Pérez Pita. 11 y 12, detalle y conjunto de los bloques del equipo De Miguel.



12

ensanche de edificación cerrada o semi-cerrada, con un tipo de vivienda de doble crujía y definiendo con las edificaciones una forma urbana convencional. En algún caso las siluetas quieren evocar lejanamente las *hoffs* vienesas.

El del equipo de Elízaga puede tenerse por el único que no somete a parcial revisión la idea moderna de ciudad, proponiendo una abstracta trama, de definición en damero de llenos y vacíos, y que encuentra sus torres por las esquinas, tal vez en un ecléctico intento de *atrapar* el espacio urbano. La estructuralista y nada doméstica caligrafía con que tales torres se configuran confirma la operación como emparentada con muy viejas cuestiones.

Es curioso que —hablando de los proyectos que mantienen esta vez más empeño— el ejercicio de los hermanos Casas parte también de volúmenes en forma de pequeñas torres, tanteando una idea de ciudad muy distinta de la que se ven obligados a tratar en la primera fase. Pues ahora es precisamente la voluntad individual, objetual, de los edificios, la que, por repetición y alineación, ordena el *lugar*, —ya no espacio—, utilizando un recurso similar al de las casitas iguales en una colonia de unifamiliares a la antigua. El hallazgo permite, como con una colección de peones de ajedrez o con las evoluciones de gimnasias o soldados, encontrar una solución adecuada a cada proble-

ma de forma urbana, reaccionar con la topografía, incorporar accidentes y complementos. Y exige una cualificación individual muy alta para las piezas, clave que, con el arbolado que explicita la trama, confirman el carácter doméstico buscado. Estas piezas desarrollan la planta ya citada de las torres estudiadas en Orcasur, aunque toman una elaboración de detalle mucho más enriquecida, actitud que trasciende al exterior y le da un carácter detallado y preciso, conveniente para la idea urbana que explota.

El equipo de Eduardo Sánchez López, por último, apuesta también esta vez por posiciones radicales, confirmando un ensanche con manzanas cerradas y bloques de los mismos anchos y tipos de éstas que se encargan de resolver las irregularidades. Al utilizar las viviendas en H, servidas por patios, las manzanas alcanzan gran profundidad y densidad, emparentándose así con las tradicionales del ensanche, aunque valorando igualitariamente en este caso los espacios del patio y de la calle. El cuidado puesto en el tipo y en el aspecto alcanzan valor, sobre todo, si se evalúa cuanto no se sale deliberadamente de manejar elementos convencionales: tanto la unidad de vivienda en H —recuérdese la como protagonista de la especulación española— como un escueto lenguaje doméstico son los *duros* y simples elementos con que se diseñan, permitiéndose sólo la licencia del arco de entrada —cita conjunta a los *hoffs* y a la Casa de las Flores— y que se elabora con unos métodos de composición corrientes. Su aparente radicalidad y academicismo devienen moderación y cultivo cuidadoso de la arquitectura como composición y como oficio.

* * *

Así, pues, en esta última fase que queda sin comprobar, dos ideas de interés, la ciudad aislada y la manzana, como aparentemente contrapuestas, pero ambas concebidas con un valor de orden, de cualificación del espacio, de domesticidad, de carácter. Demostrando que no es cuestión de edificación cerrada o de edificación abierta (aun cuando la primera sea en tantos aspectos más cautelosa), sino de calidad proyectual. Podremos comprobarlo verdaderamente cuando se construya.

En la primera, el esfuerzo titánico de la arquitectura, para influir en las decisiones urbanas de más amplia escala, intentando hacer de la necesidad virtud, y buscando construir una ciudad que no se consuma en los errores del planeamiento. Pero el corsé impuesto era excesivo; la arquitectura, esforzada hasta su límite, luce brillantemente, en muchos casos, la intensidad de su esfuerzo, pero no logra enmendar del todo las difíciles condiciones. No es posible. Las forzadas alturas, el obligado carácter objetual y el bajo orden del conjunto, así lo denuncian.

Aunque, en la realización, queda bien presente, en cualquier caso, el alto valor arquitectónico puesto en juego, pues ha sabido al menos convertir a un sector de la periferia en un lugar con una intensa imagen metropolitana, llevando a cabo una crítica operativa a la idea de ciudad que debía aceptar. Crítica que en absoluto quedará como académica o baldía, sino que ha sido responsable de valores reales. Aun cuando sus habitantes, para disfrutarlos y vivirlos, no necesiten ser conscientes de ellos.

Antón Capitel

* * *

La entidad gestora de la promoción fue OREVASA, que incluía a la Administración central, local y a los propios vecinos. El barrio fue promovido por VISOMSA, sobre terrenos del IPPV y con viviendas acogidas a este organismo.

(Aunque la magnitud simplemente física del tema había aconsejado un número doble, éste no ha sido posible debido, entre otras cosas, a problemas de distribución y de envío. Así, en el número que el lector tiene entre sus manos, ha debido de suprimirse toda otra información que no fuera referente al tema, al tiempo que se ha hecho un esfuerzo de financiación para ampliar considerablemente el número de páginas).